

El
**MANUAL
LIBERAL**

Edición a cargo de ANTONELLA MARTY

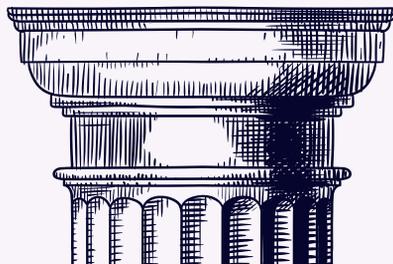
**QUÉ ES Y QUÉ DEFIENDE
EL LIBERALISMO POLÍTICO,
ECONÓMICO, INDIVIDUAL
Y CULTURAL**

Con textos de, entre otros,

**Mario Vargas Llosa, Tom G. Palmer,
Mauricio Rojas, Johan Norberg,
Carlos Alberto Montaner, Eamonn Butler,
María Blanco, David Boaz y Álvaro Vargas Llosa**

Prólogo de **GLORIA ÁLVAREZ**

Epílogo de **DEIRDRE N. MCCLOSKEY**



DEUSTO

El manual liberal

Qué es y qué defiende el liberalismo
político, económico, individual y cultural

ANTONELLA MARTY



EDICIONES DEUSTO

© Antonella Salomon Marty, 2021

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2021

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3252-3

Depósito legal: B. 5.140-2021

Primera edición: mayo de 2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por CPI (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo - Gloria Álvarez	9
--------------------------------	---

CAPÍTULO I UNA DEFENSA DE LA LIBERTAD

Antonella Marty	29
-----------------------	----

CAPÍTULO II LIBERTADES POLÍTICAS Y LOS ENEMIGOS DE LA LIBERTAD

Tom G. Palmer – Por qué ser liberal.	121
David Boaz – Las raíces del liberalismo.	129
Carlos Alberto Montaner – El liberalismo y sus verdaderos enemigos	163
Eamonn Butler – Fundamentos de la sociedad libre: el argumento en breve.	175
Ricardo Manuel Rojas – El respeto a los derechos de propiedad y la seguridad jurídica como base de la prosperidad	181
Álvaro Vargas Llosa – El renacimiento del populismo	205
Mario Vargas Llosa – Liberalismo: el enemigo fundamental del fanatismo.	218

José Benegas – Liberalismo sin pastores: Occidente y religión	226
Loris Zanatta – El populismo jesuita: enemigo del liberalismo	242
Gerardo Bongiovanni – Populismos, peronismo y los debates pendientes en Argentina.	250
Mauricio Rojas – Marxismo y totalitarismo	261

CAPÍTULO III

LIBERTADES INDIVIDUALES Y LIBERALISMO CULTURAL

Johan Norberg – La importancia de las sociedades abiertas . . .	281
María Blanco – A lo mejor eres feminista liberal, y no lo sabes	292
Alejandro Bongiovanni – Sobre la legalización de las drogas. . .	303
Irune Ariño – La familia liberal: la función, y no la forma, es lo que importa	309
Marian L. Tupy – La historia de la humanidad es un círculo de empatía en constante expansión	324
Rocío Guijarro – Liberalismo, arte y cultura.	331

CAPÍTULO IV

LIBERTAD ECONÓMICA Y PROGRESO

Adrián Osvaldo Ravier – Apuntes sobre liberalismo en la historia del pensamiento económico.	343
Iván Carrino – Diez principios de liberalismo económico en tiempos de cuarentena.	386
Juan Carlos Hidalgo – Crisis financiera mundial: ¿réquiem del capitalismo o del intervencionismo?	410
Alberto Mingardi – El mito del Estado empresario.	419
Matt Warner – Acabar con la pobreza en el siglo XXI: el argumento a favor de la libertad	428
Roxana Nicula – ¿Son socialistas los países nórdicos?	436
Epílogo - El liberalismo es adultismo.	449
Agradecimientos de Antonella Marty.	468

Antonella Marty

Antonella Marty es licenciada en Relaciones Internacionales. Es directora asociada del Center for Latin America en Atlas Network (Washington D. C.), directora del Centro de Estudios Americanos en la Fundación Libertad (Rosario, Argentina) y Senior Fellow de la Fundación Internacional para la Libertad (Madrid, España). Es conductora del podcast «Hablemos Libertad» y autora de libros como La dictadura intelectual populista (2015), Lo que todo revolucionario del siglo XXI tiene que saber (2018) y Capitalismo: un antídoto contra la pobreza (2019).

No quiero creer, quiero saber.

CARL SAGAN (1934-1996)

Este libro procura representar una guía consistente sobre las materias y argumentos elementales que componen la columna vertebral del pensamiento liberal.

Son innumerables las contiendas a las que hoy se confronta la libertad, que está amenazada por los peligrosos artilugios de tendencias como el socialismo, el estatismo, el populismo, el conservadurismo, el nacionalismo, la izquierda, la derecha y

otros tantos instrumentos que se exaltan y encariñan ante el bosquejo de la masa y ante toda pretensión colectivista, aniquilando cualquier vestigio de individualidad.

Los demagogos de nuestros países llegan al poder e instauran sistemas regidos por el populismo. ¿Por qué? Es que convergen determinados aspectos que pueden explicarnos, de algún modo, la geografía del populismo basada en un concepto místico del Estado grande, la necesidad del «enemigo del pueblo» en cada uno de los discursos populistas, la promesa del cielo en la Tierra, la presencia de una «verdad oficial» y el infaltable culto popular al exaltado líder carismático.

Es cierto que el populismo también tiende a adoptar un lenguaje nacionalista que le sirve para apelar al brote de los símbolos y las emociones de las masas, sumergido en una expresión o discurso de oposición constante, con epítetos que se transforman en instrumentos de descrédito recurrente, convirtiendo a los adversarios en enemigos que el populista «debe» erradicar, ya que representan una «amenaza» que pone en jaque los intereses del «pueblo» o una supuesta «voluntad popular», acto reflejado, tal vez, en uno de los interminables discursos de Hugo Chávez, cuando argumentó que «esto no es entre Chávez y los que están en contra de Chávez, sino que es entre los patriotas y los enemigos de la patria»: una y otra vez, bajo el populismo abunda la creación de identidades populares colocadas por el mismo caudillo redentor frente a todo lo que ponga en jaque su poder absoluto.

Bajo estos argumentos, el populista declara el deber moral de conquistar todas las instituciones de modo tal que «los enemigos del pueblo» no puedan regresar al poder, autoproclamándose una especie de ser o deidad infalible que desconoce lo que es el error, convirtiéndose en nuestro padre permanente al que todo debemos consultar y a quien siempre debemos pedir un permiso o bendición. «Tengo dudas en construir viviendas, porque te pedí tu apoyo y no me lo diste», expresó Nicolás Maduro, el narcodictador venezolano en un discurso público hace algunos años. Fiel traducción paternalista de un «te portaste mal, desobedeciste, ahora te amenazo y tendrás que soportar el regaño por no haber obedecido mis órdenes. Te quedaste sin dulce».

El populismo, que combina lo político con lo afectivo, finalmente acaba polarizando a la sociedad en polos antagónicos, devaluando la democracia en nombre de la mismísima democracia, rompiendo el orden institucional, criticando a los medios como base de la retórica populista y utilizando el poder como una herramienta personal para repartir recursos y hacer favores específicos con el fin de ganar votos. El populista busca encarnar la famosa figura del «hombre-pueblo», adoptando un perfil de tipo cuasi religioso.

El populismo, ya sea de izquierdas o de derechas, es siempre hostil al liberalismo y a los principios liberales basados en las libertades civiles, la división de poderes y la pluralidad de voces, algo que nos deja en claro que siempre, sin excepciones, el populismo es profundamente antiliberal y representa una dinámica antidemocrática de ejecución del poder político. En palabras de Steven Pinker, en su obra *En defensa de la Ilustración* (2018): «El populismo se presenta en versiones de izquierdas y de derechas, que comparten una teoría popular de la economía como competición de suma cero: entre clases económicas en el caso de la izquierda, entre naciones y grupos étnicos en el caso de la derecha [...]. En cuanto al progreso, olvidémonos de él: el populismo mira hacia atrás, a una época en la que la nación era étnicamente homogénea, prevalecían los valores culturales y religiosos ortodoxos, y las economías eran impulsadas por la agricultura y las manufacturas».

Todos estos sistemas populistas, que aparecen con promesas de mejoras que jamás han cumplido, llegan al poder en sistemas donde se avizoran fragilidades institucionales, donde el ascenso al poder se puede configurar como un rechazo directo a la dirigencia política tradicional y puede capitalizar el descontento de la gente, convirtiéndolo en una lógica que construye al pueblo como una entidad homogénea, lleva la gestión hacia la concentración del poder absoluto, somete a los demás poderes estatales, utiliza el nombre de la ley como un mecanismo para autolegitimarse cuando ya han perdido toda legitimidad, forja gobiernos autoritarios que nos muestran que el populismo puede nacer mediante la democracia y las vías electorales, utilizando las elec-

ciones como un trampolín al poder y como base de legitimidad inicial, pero a la larga el populismo sólo sobrevive por y mediante la fuerza.

Ernesto Laclau, en su obra *La razón populista*, describe el populismo como una clara estrategia discursiva de construcción de una frontera política que divide a la sociedad en dos. Chantal Mouffe, filósofa y politóloga belga, también exponente y promotora de los regímenes populistas, explicó en su libro *Por un populismo de izquierda* que el populismo no es una ideología ni un régimen político, sino un modo de hacer política que puede adoptar diversas formas ideológicas en función del movimiento y del lugar. A su vez, Mouffe argumenta a favor de su preferencia populista de izquierda, amparándose en que el populismo de izquierda busca recuperar la democracia con el fin de profundizarla y ampliarla (algo que jamás ha sucedido bajo ningún tipo de populismo, ni de derecha ni de izquierda, ya que la tendencia es caer en el profundo hechizo que genera el poder en el caudillo amante de los aduladores). Mouffe insiste, por supuesto, en que la estrategia populista busca unificar las demandas democráticas en una voluntad colectiva para construir un «nosotros», un «pueblo» capaz de enfrentar a un adversario común. Éste es el pensamiento de los exponentes del populismo y de los políticos populistas que tanto abundan, al estilo de Cristina Fernández de Kirchner, Hugo Chávez, Jean-Luc Mélenchon o Íñigo Errejón. Todos estos personajes de izquierda y sus olas de fanáticos encajan en aquella descripción que el maestro Carlos Alberto Montaner dio años atrás: «La izquierda es el sector de la sociedad más interesado en la distribución que en la producción, es un grupo fanáticamente convencido de que el maná cae del cielo. Después de cierto tiempo, perpleja, descubre que ya no queda nada para distribuir y sale a apedrear la embajada de Estados Unidos».

El populismo es aquella política demagógica de algunos políticos y caudillos que no vacilan a la hora de sacrificar el futuro de una población por un presente efímero. Este populista, este ser providencial, esta nueva deidad que encarna al «pueblo», se coloca siempre por encima de las leyes y se basa en la movilización de un grupo de emociones y fuertes pasiones. Ésa es la cultura

política del populista, siempre escudada en la distinción entre «ellos» y «nosotros».

Esta historia de altercados entre el poder y la libertad, entre el abuso y la libertad, pareciera asemejarse a una especie de ciclo que repetimos una y otra vez sin cesar, tanto en los países de habla hispana como a lo largo del mundo. Steven Pinker, en su obra ya mencionada *En defensa de la Ilustración* (2018), específicamente en su tercer capítulo, que hace referencia a las «contra-ilustraciones», señala cómo la segunda década del siglo XXI ha asistido al surgimiento de movimientos populistas que rechazan abiertamente los ideales de la Ilustración, y que son tribalistas en lugar de cosmopolitas, autoritarios en lugar de democráticos, desdeñosos hacia los expertos en lugar de respetuosos hacia el conocimiento, y nostálgicos de un pasado idílico en lugar de esperanzados respecto de un futuro mejor.

Cuantiosos gobernantes, incluso a sabiendas de los malos resultados a largo plazo de determinadas políticas, las ponen en práctica porque a corto plazo les ayudan a conservar el poder. Ésta pareciera ser la regla de la política iberoamericana. En realidad, un buen gobierno es, en pocas palabras, el que hace que no necesites de él, no el que te vuelve dependiente de él. Como bien lo sintetizó Thomas Jefferson en 1801 en su discurso inaugural, un gobierno sensato es el que intenta impedir que los seres humanos se agraven entre sí, y el que los deja libres para que organicen sus propias aspiraciones de trabajo y progreso.

De tal forma, a lo largo de nuestra región nos encontramos con fieles creyentes de aquella idea que, en cambio, sostiene que el Estado tiene que resolvernos la vida: darnos una vivienda digna, darnos un cheque a fin de mes, enviarnos una caja con alimentos, entre otros tantos disparates. Tenemos que empezar preguntándonos lo siguiente: ¿de dónde sale el dinero del Estado?, ¿hay tal cosa como el «dinero estatal»? En realidad, ese dinero no crece en los árboles, sino que puede salir de la emisión monetaria (que genera inflación), de la deuda (que nunca es buena y es uno de los pretextos latinoamericanos para seguir sumergidos en el populismo) y de los impuestos (que son un robo o un castigo al éxito). Y esto nos lleva a aquella famosa distinción

que otrora hizo el sociólogo Charles Dunoyer cuando señaló que «existen en el mundo sólo dos grandes actores: los que prefieren vivir del producto de su trabajo o de su propiedad, y los que prefieren vivir del trabajo o de la propiedad de otros». Algunos generan riqueza (a duras penas en el caso latinoamericano ante la colosal burocracia y lo complejo que es poder abrir un negocio) y otros se apropian de esa riqueza producida. Ésa es, básicamente, la historia.

Tom G. Palmer escribió un importante artículo titulado «Los orígenes del Estado y del gobierno» (2012) en el que concluye con una reflexión vital acerca de qué significa ser libres: «Cuando meditamos acerca de lo que significa vivir como personas libres, nunca debemos olvidar que el Estado no nos concede nuestras identidades o nuestros derechos. La Declaración de Independencia de Estados Unidos afirma que “para asegurar estos derechos, se instituyen gobiernos entre los hombres”. Aseguramos lo que desde ya es nuestro. El Estado puede agregar valor cuando nos ayuda a hacer esto, pero los derechos en una sociedad preceden al Estado».

El liberalismo concibe que el método más efectivo a la hora de sacar a los individuos de la pobreza es a partir de la creación de riqueza, apostando por el libre mercado y dejando que cada ser humano utilice y explote al máximo su propio potencial.

El camino hacia un país exitoso se logra con esfuerzo, trabajo, responsabilidad y libertad, no con un gobierno más grande que busca imponer el éxito por ley mientras destruye las escaleras para alcanzarlo. No se puede progresar castigando la riqueza. Nuestros gobernantes insisten en que la pobreza se combate poniendo impuestos a la riqueza o con políticas de redistribución. La historia nos ha mostrado una realidad muy diferente. La libertad genera prosperidad y crea riqueza donde antes no existía, y eso se logra con talento, innovación e iniciativa privada, no a través del persistente saqueo gubernamental. Si queremos progresar no podemos continuar colocando la carreta delante de los bueyes.

Así y todo son cuantiosos los retos que avizoramos en el mundo ante un virulento y recurrente retorno populista. El gran de-

safío no es únicamente cómo elegimos a nuestros gobernantes, sino también cómo los contenemos para que no utilicen el poder de manera arbitraria, y cómo los sacamos del poder cuando, precisamente, sobrepasan aquellos límites que les planteamos.

En pleno siglo XXI, el populismo, al igual que otras tantas quimeras, continúa representando un peligro para la libertad. No importa el origen del que provengan los colectivismos, ya sea de movimientos conservadores, movimientos socialistas, de derechas o de izquierdas, siempre, tarde o temprano, representarán una vehemente amenaza a la libertad.

Los simpatizantes de la derecha no esconden su creencia de que, para ellos, existen «dictaduras menos malas» o «dictadores benevolentes». En América Latina abundan estos tipos de personajes que indebidamente se hacen llamar «liberales» mientras salen a defender a dictadores militares como Augusto Pinochet, quien hizo desaparecer y asesinó a disidentes chilenos de izquierda en la década de los años setenta del siglo pasado. Como bien lo ha dicho Mario Vargas Llosa, hay personas que creen que hay «dictaduras buenas» o que hay «dictaduras menos malas». La realidad es que las dictaduras son todas malas. En ningún caso, y en ninguna circunstancia, un liberal puede aceptar que una dictadura es tolerable. Todas las dictaduras son inaceptables. En palabras de Ayn Rand, de su libro *Capitalismo: el ideal desconocido*: «El asunto no es la dictadura de una “buena” pandilla versus la dictadura de una “mala” pandilla. El asunto es libertad versus dictadura». Ser anticomunista no te hace liberal.

A la hora de integrar los pilares de la libertad, corresponde hacer énfasis en sus materias decisivas: el comercio, la sociedad abierta, la libre empresa, la propiedad privada y la seguridad jurídica, por mencionar sólo algunos de los pilares más célebres.

Sin embargo, cabe aclarar que el liberalismo o «defender las ideas de la libertad» no significa únicamente enarbolar las banderas que hacen referencia a libertades económicas y, algunas veces, a libertades políticas. Eso es una parte sustancial de la materia, pero no es la totalidad de las vértebras que componen la columna liberal: hay mucho más.

El liberalismo va mucho más allá de basarse únicamente en

libertades económicas que se refieren a la importante tarea de reducir la presión tributaria de un país, la reducción del gasto público, lo esencial de comerciar con el mundo, de tener mercados libres o de eliminar los terroríficos controles cambiarios o de precios. Lo mismo acontece con las libertades políticas: el liberalismo va mucho más allá de creer únicamente en la seguridad jurídica, la propiedad privada o en tener bien delineados los límites de quienes nos gobiernan. Todo esto es trascendental y vital, pero no es lo único que abarca el liberalismo.

Nuestras ideas también están cimentadas, históricamente y desde sus inicios, en las libertades individuales que, podríamos decir, descansan en tres notables pilares: primero, que todos somos iguales ante la ley; segundo, que, como menciona siempre la fantástica economista Deirdre N. McCloskey, mi libertad de mover mis manos termina donde comienza la nariz del otro, es decir, la base del principio de no agresión, y, tercero, que mis libertades o derechos no terminan donde comienzan los sentimientos de los demás. El liberalismo es, pues, una filosofía política que defiende el derecho a la libertad de todos los individuos. El liberalismo, que permite la vida contractual, es lo que hace florecer la convivencia pacífica, donde nadie busca imponer su voluntad a otro y donde impera el respeto mutuo. La vida liberal es una vida regida por contratos voluntarios.

Los liberales creemos que los seres humanos somos libres para vivir nuestras vidas como más nos guste mientras respetemos esa misma libertad en el resto de las personas. Un liberal sabe muy bien que su vida no le pertenece a nadie más que a sí mismo y que, además, tampoco es dueño de la vida de los demás.

Ser liberal es, parafraseando a Alberto Benegas Lynch (h), respetar irrestrictamente los proyectos de vida personales que cada ser humano tenga para sí mismo y para su manera de vivir su propia vida sin imponer una moralidad ni el mismo proyecto a los demás, dejando que cada ser humano persiga sus propios fines y sueños sin dañar a los otros. El liberalismo se asegura de que nadie más que tú tome decisiones por ti mismo. No te garantiza ni te asegura que tomarás las mejores decisiones, pero sí que serás tú quien las tome. El liberalismo se asegura de que seas un

individuo, no un número más en el ordenador del gobierno ni «un ladrillo más en el muro» (tal cual lo entonó la banda de rock británica Pink Floyd).

David Boaz sintetiza el pensamiento liberal de una manera bien acertada en *Liberalismo: una aproximación* (2007):

El liberalismo sostiene que cada individuo tiene derecho a vivir su vida como desee, siempre y cuando respete los derechos iguales de los demás. Los liberales defendemos el derecho de cada individuo a la vida, la libertad y la propiedad, derechos que el ser humano posee de forma natural, antes que se crearan los gobiernos. Según la visión liberal, todas las relaciones entre seres humanos deben ser voluntarias. La ley debe prohibir solamente las acciones que impliquen el uso de la violencia contra aquellos que no la han ejercido. En otras palabras, la ley debe circunscribirse a reprimir asesinatos, robos, secuestros y fraudes.

En consecuencia, resulta trascendental efectuar un repaso por aquellas libertades individuales que están plasmadas a lo largo de este ejemplar de la mano de grandes voces liberales: el feminismo liberal, la legalización de las drogas, la legalización de la eutanasia, las libertades sexuales, las libertades religiosas, la importancia de la apertura al mundo y la libertad de expresión, al igual que la importancia de favorecer la inmigración y luchar tanto contra la xenofobia como contra el racismo y los nacionalismos que, a flor de piel, se la rebuscan permanentemente para levantar muros.

El liberal cree en «la verdadera liberación de las mentes», tal cual lo cantó el grupo musical The 5th Dimension en su tema *Aquarius*, una de las canciones más enérgicas y fantásticas de la historia (ubicada en el número 66 en la lista de *Billboard* de las mejores canciones de todos los tiempos), que representa la esencia y el despertar de la libertad de finales de los años sesenta del siglo pasado.

Liberal o conservador: a las cosas por su nombre

Diferenciar el liberalismo del conservadurismo resulta, hoy más que nunca, esencial. El liberalismo está asazmente lejos del conservadurismo, de los movimientos nacionalistas o de aquello que se denomina «derecha». Por este motivo, insisto, celebro la labor de autoras como Gloria Álvarez a la hora de exponer la verdadera cara de un conservadurismo o colectivismo de derechas que se ha camuflado a lo largo de estas décadas y que es sumamente temeroso ante los cambios o ante todo lo nuevo que pueda poner en jaque su «modelo ideal» de revista de los años cincuenta. Tanto desde la izquierda como desde la derecha se ha buscado mediante el Estado y, por ende, la coerción, la imposición de lo que cada una de estas tendencias políticas entiende por la «buena sociedad» o el «buen modelo de vida».

Y, del otro lado, los liberales sostenemos una actitud abierta porque defendemos la sociedad libre, defendemos el orden espontáneo, y sostenemos que el cambio surge libremente como resultado de la evolución de las cosas. Frente a este aspecto, y como siempre es delicioso recurrir a las fuentes, nada mejor que recurrir como referencia a dos de los más grandes liberales de nuestra historia: Ludwig von Mises (1881-1973) y Friedrich August von Hayek (1899-1992). Comenzaré por el pensamiento del último.

F. A. Hayek, en su libro *Los fundamentos de la libertad* (1960), pormenoriza con extrema lucidez su postura antagónica al conservadurismo al escribir *Por qué no soy conservador*, donde remarca que es conveniente trazar una clara separación entre la filosofía que él mismo propugna y la que tradicionalmente defienden los conservadores. Hayek comienza citando a lord Acton, quien enuncia lo siguiente:

Siempre fue reducido el número de los auténticos amantes de la libertad; por eso, para triunfar, frecuentemente tuvieron que aliarse con gente que perseguía objetivos bien distintos de los que ellos propugnaban. Tales asociaciones, siempre peligrosas, a veces han resultado fatales para la causa de la libertad, pues brindaron a sus enemigos argumentos abrumadores.

A lo largo de su texto, Hayek advierte que lo contrario al conservadurismo, hasta el auge del socialismo, fue el liberalismo. Es decir, que ambas posturas siempre estuvieron en veredas opuestas. En palabras del autor en *Por qué no soy conservador* comprendemos que:

El liberalismo nunca se ha opuesto a la evolución y al progreso [...]. He aquí la primera gran diferencia que separa a liberales y conservadores. Lo típico del conservador, según una y otra vez se ha hecho notar, es el temor a la mutación, el miedo a lo nuevo simplemente por ser nuevo; la postura liberal, por el contrario, es abierta y confiada, atrayéndole, en principio, todo lo que sea libre cambio y evolución [...]. Los conservadores, cuando gobiernan, tienden a paralizar la evolución o, en todo caso, a limitarla a aquello que hasta el más tímido aprobaría. Jamás, cuando avizoran el futuro, piensan que puede haber fuerzas desconocidas que espontáneamente arreglen las cosas [...]. Los conservadores sólo se sienten tranquilos si piensan que hay una mente superior que todo lo vigila y supervisa; ha de haber siempre alguna «autoridad» que vele por que los cambios y las mutaciones se lleven a cabo «ordenadamente» [...]. Ese temor a que operen unas fuerzas sociales aparentemente incontroladas explica otras dos características del conservador: su afición al autoritarismo y su incapacidad para comprender el mecanismo de las fuerzas que regulan el mercado [...]. El conservador, por lo general, no se opone a la coacción ni a la arbitrariedad estatal cuando los gobernantes persiguen aquellos objetivos que él considera acertados [...]. Al conservador, como al socialista, lo que le preocupa es quién gobierna, desentendiéndose del problema relativo a la limitación de las facultades atribuidas al gobernante; y, como el marxista, considera natural imponer a los demás sus valoraciones personales [...]. El liberal, en abierta contraposición a conservadores y socialistas, en ningún caso admite que alguien tenga que ser coaccionado por razones de moral o religión [...]. Esa repugnancia que el conservador siente por todo lo nuevo y desusado parece guardar cierta relación con su hostilidad hacia lo internacional y su tendencia al nacionalismo patriotero [...]. Esa predisposición nacionalista que nos ocupa es con frecuencia lo que induce al conservador a em-

prender la vía colectivista [...]. El repugnar lo foráneo y el hallarse convencido de la propia superioridad inducen al individuo a considerar como misión suya «civilizar» a los demás y, sobre todo, «civilizarlos» no mediante el intercambio libre y deseado por ambas partes que el liberal propugna, sino imponiéndoles «las bendiciones de un gobierno eficiente» [...]. Lo que en esta materia distingue al liberal del conservador es que, por profundas que puedan ser sus creencias, aquél jamás pretende imponerlas coactivamente a los demás. Lo espiritual y lo temporal constituyen para él esferas claramente separadas que nunca deben confundirse.

Ahora vayamos al gran maestro de Hayek: Ludwig von Mises. Este titán del liberalismo, por otro lado, nos recordó en *Burocracia* (1944) que:

La tendencia de nuestros contemporáneos a demandar prohibiciones arbitrarias tan pronto como algo no gusta y a la disponibilidad de someterse a tales prohibiciones aun cuando no se está de acuerdo con su motivación, demuestra que aún no nos hemos liberado del servilismo [...]. Un hombre libre debe saber tolerar que sus semejantes se comporten y vivan de un modo distinto de lo que él considera apropiado y debe abandonar la costumbre de llamar a la policía tan pronto como algo no le gusta [...]. El liberalismo se limita total y exclusivamente a la vida y la praxis terrenal. El reino de la religión, en cambio, no es de este mundo. De suerte que ambos, liberalismo y religión, podrían coexistir cada uno en su propia esfera sin interferencias recíprocas. Si a pesar de todo se ha llegado inevitablemente a un conflicto entre ambas esferas, la culpa no es del liberalismo. Aunque ya no se enciendan hogueras *Ad maiorem Dei gloriam*, sigue habiendo aún mucha intolerancia [...]. El liberalismo no es una religión, no es una concepción general del mundo y mucho menos un partido que defiende intereses particulares. No es una religión porque no pide ni fe ni entrega, no vive en una aureola de misticismo y no posee dogmas.

¿Qué es, entonces, lo más bonito de la libertad? Que nos permite dudar. La libertad nos permite la duda: aquella «primera

gran virtud del ser humano» tal cual la describió Carl Sagan, quien también nos recordó que el «primer gran defecto fue la fe». En *Un pálido punto azul* (1994), Sagan nos señala, haciendo referencia a la religión, que supuestamente

había un árbol en particular del cual no debíamos participar, el árbol del conocimiento. El conocimiento, la comprensión y la sabiduría nos estaban vetados en esa historia. Debíamos permanecer ignorantes. Pero no pudimos resistirlo. Nos mataba el hambre de conocimientos. Ahí residió la causa de todos nuestros problemas. En concreto, ésa es la razón por la que ya no vivimos en un jardín: quisimos saber demasiado. Mientras permanecemos indiferentes y obedientes, supongo, podíamos consolarnos con nuestra importancia y centralidad, y decirnos a nosotros mismos que éramos la razón por la que fue creado el universo [...]. Somos *nosotros* los guardianes del sentido de la vida. Ansiamos unos progenitores que cuiden de nosotros, que nos perdonen nuestros errores, que nos salven de nuestras infantiles equivocaciones. Pero el conocimiento es preferible a la ignorancia. Es mejor, con mucho, comprender la dura verdad que creer una fábula tranquilizadora.

Retomando la cuestión de la duda, cabe insistir en que la libertad nos permite, en efecto, dudar y eso es algo que ni a los conservadores ni a los socialistas les encanta, debido a que pretenden, de manera incesante, imponer a los demás su propio modelo de vida, su propia idea de lo que está «bien» y de lo que está «mal» enmarcado en su propia moral ideológica o religiosa.

Empero nadie, absolutamente nadie, tiene el derecho de decidir cómo debemos vivir y cómo no. Pues ya lo manifestaba John Stuart Mill en el siglo XIX: «Sobre sí mismo, sobre su mente y cuerpo, sólo el individuo es su soberano».

Sobre las libertades sexuales

Estos aspectos nos llevan, una vez más, a contenidos que hacen alusión a las libertades y derechos individuales adecuadamente

tratados por cuantiosos autores a lo largo de esta obra, como son, por ejemplo, las libertades sexuales.

Sobre este asunto el gran interrogante que esbozamos es el siguiente: ¿a quién daña la homosexualidad, la transexualidad, el poliamor, la prostitución, siempre que estas relaciones, al igual que las relaciones heterosexuales, por ejemplo, ocurran en el marco de decisiones o relaciones consentidas y voluntarias? La respuesta es simple: a nadie. Tu cuerpo, al fin y al cabo, es tuyo. Ni al Estado ni a nadie le corresponde dictaminar cómo debe ser tu conducta en la cama. Lo que dos adultos (o más) hagan en su intimidad de manera voluntaria es asunto de ellos y de nadie más.

¿Por qué hacemos alusión a esto? Porque el Estado no puede tener un lugar en tu cama y, si de conservadores se trata, no se puede utilizar al Estado (ni a nadie) para organizar las camas ajenas de acuerdo con la propia idea de «cama correcta». Tú, como adulto, tienes todo el derecho de ir a la cama con el adulto que quieras (siempre que se cuente con la voluntad de todas las personas involucradas) y de amar a quien quieras libremente. Como bien nos explica Deirdre N. McCloskey en esta obra, el liberalismo es ser adulto: nadie puede decirte cómo debes vivir tu propia vida. Asimismo, la libertad está completamente ligada a la responsabilidad, esto es algo que no podemos olvidar. La responsabilidad es la habilidad de una persona para responder ante las decisiones que ha tomado, y es la cualidad de ser responsable, de saber responder después de haber actuado libremente.

Pero vayamos a la historia. La homosexualidad ha sido penada durante siglos a lo largo de nuestro mundo. Sin ir más lejos, todavía hoy, en pleno siglo XXI, las relaciones sexuales entre personas adultas del mismo sexo siguen siendo atrocemente perseguidas, condenadas y castigadas en más de setenta países. Durante siglos, la homosexualidad fue penada en todo el mundo, pero la gran pregunta es qué daño les hace a estos conservadores (que hoy día muchos de ellos se llaman —de manera falsa— «liberales» o «libertarios») que alguien tenga sexo con alguien de su mismo sexo. O por qué no, preguntarnos qué daño les hace que Juan quiera ser Juana en vez de Juan porque así lo desea, porque así lo

quiere y porque ése es su propio cuerpo, su propia propiedad. ¿La respuesta? Ninguno.

Lo único que les hace a estos conservadores y falsos liberales es que les toca su moralidad personal, encabezada por su inquisición religiosa, basada en su modelo de vida «perfecto», donde constantemente hablan de amor al prójimo pero, evidentemente, aquel «amor al prójimo» no es más que puras palabras de relleno, que sólo quedan en palabras y ninguna en acción.

Luego se suman a la discusión aspectos como lo «antinatural», buscando la imposición de la «familia natural» o la «familia tradicional», que para ellos es la compuesta únicamente por mamá, papá e hijos (la familia heterosexual) y todo lo demás es una aberración.

Es que no hay falacia más grande que la de la «familia natural». A lo largo de la historia de la humanidad, desde que éramos unos cavernícolas, las familias eran tribales: mujeres cuidando a los niños de la tribu, hemos tenido y tenemos familias de mamás solteras, papás solteros, viudas, viudos, tíos cuidando a sobrinos, abuelos cuidando a nietos, dos padres e hijos, dos madres e hijos, etc. ¿Es que todas esas no son familias?

Una vez más, los conservadores se enrocan en aquella postura de la defensa de la «familia» como una defensa de Occidente mismo, mostrándolo permanentemente «amenazado». Alejandro Bongiovanni, en su reseña *Benegas frente al caballo de Troya* (2019), nos explica con absoluta claridad la idea del autor argentino José Benegas, quien sostiene que en cierto momento histórico el liberalismo fue la «infección de Occidente» y que si el liberalismo se desarrolló en Occidente fue por la misma razón que los anticuerpos contra una enfermedad se desarrollan en el cuerpo enfermo. El hoy idealizado Occidente (nuevo «ser nacional») fue, previo al liberalismo, un lugar signado por la tradición totalitaria de la Iglesia, el absolutismo monárquico, los privilegios, las castas, la censura de ideas y los siervos de la gleba. Al que hay que salvar es al liberalismo, no a Occidente.

A fin de cuentas, estamos rodeados de inquisidores morales que buscan imponer el estatismo emocional, los constructores de clósets, como bien señala Benegas en su libro *Lo impensable: el*

curioso caso de los liberales mutando hacia el fascismo (2018). En este extraordinario texto, Benegas deja expuesto el caballo de Troya que representa el colectivismo de derechas. Allí, el autor hace referencia a aquella rareza ideológica que se denomina «paleoliberalismo», uno de cuyos máximos exponentes es Hans-Hermann Hoppe, miembro del Mises Institute, personaje idolatrado por tantos latinoamericanos que se dicen «libertarios» o «liberales» (en realidad, unos férreos defensores del conservadurismo, del colectivismo de derechas y de los populismos al estilo de Trump, Bolsonaro o Abascal). Hoppe llama activamente a discriminar a todo individuo que no sea blanco y heterosexual, y se autodenomina el «verdadero libertario», cuando en realidad todos sus argumentos son la antítesis de las ideas libertarias. Capítulos más adelante, José Benegas nos explica con mejor detalle de qué trata este tópico.

Así, el Estado y las religiones han ambicionado entrometerse en la vida individual a lo largo de toda nuestra historia. En los tiempos de la Inquisición, en el caso de Francia y otros tantos, las personas homosexuales eran quemadas vivas. La Inquisición española se encargó de apedrear, quemar y hasta castrar a homosexuales. En 1553 estaban en vigencia las leyes inglesas que apelaban a la pena de muerte con ahorcamiento para los homosexuales. Dante, ya en su *Divina comedia*, por ejemplo, consignaba a los homosexuales al séptimo de los nueve círculos del infierno, donde estarían condenados a pisar una arena ardiente.

No obstante, tampoco hace falta irnos tan atrás en el tiempo. En el siglo pasado, en los años sesenta, la homosexualidad era ilegal prácticamente en todo el mundo.

En los Estados Unidos de 1960, los gais y lesbianas eran prácticamente forajidos, vivían en secreto y con miedo. Eran etiquetados de locos por los médicos, de inmorales por los líderes religiosos y de criminales por la policía. Los rastreos postales se hacían con frecuencia a fin de detectar dónde había homosexuales, los locales frecuentados por homosexuales eran allanados y clausurados y a un sinfín se los intentaba «curar» con descargas eléctricas y otras prácticas.

Miles de personas eran arrestadas cada año en ciudades en

las que hoy no podríamos ni imaginarlo, como es el caso de Nueva York, por lo que las autoridades llamaban «crímenes contra la naturaleza». Y precisamente allí, en Nueva York, ocurrió un importante suceso en el famoso barrio de Greenwich Village, aquella noche de verano del 28 de junio de 1969, en la que gais, lesbianas y personas trans se rebelaron en el famoso bar Stonewall Inn, frente al recurrente hostigamiento policial, cambiando millones de vidas hasta el momento de hoy.

Éste fue el primer momento oficial en la historia del país en el que la comunidad LGBTQ+ peleó contra un sistema legal hostil que los perseguía por sus orientaciones sexuales. La famosa Revuelta de Stonewall significó una serie de manifestaciones espontáneas en protesta contra la operación policial que tuvo lugar en el Stonewall Inn, en los Estados Unidos de Richard Nixon, donde las personas LGBTQ+ se encontraban en pleno ojo del huracán, donde toda persona que se saliera de la estricta normatividad era perseguida por la ley, golpeada por las fuerzas policiales y castigada con prisión por aquel Escuadrón de la Moral. Estos disturbios sirvieron para infundir la fuerza necesaria a las personas oprimidas y perseguidas, que comenzaron un levantamiento contra la homofobia.

Desde ese momento, las protestas y marchas que se llevan adelante a lo largo de las próximas décadas, desde los años sesenta y setenta en adelante, son las que se rebelan contra un sistema inquisidor. Estas protestas han estado amparadas en el concepto liberal de la igualdad ante la ley y son las que ponen sobre la mesa una libertad y una igualdad ante la ley que han sido negadas durante muchos siglos y que todavía hoy son negadas en cuantiosos países de nuestro planeta.

Traeré a colación casos como el de Federico García Lorca, uno de los más grandes poetas de nuestra historia, fusilado por sus ideas y también por ser homosexual, en el año 1936 en Granada, tal cual nos lo recordó Antonio Machado en su poema *El crimen fue en Granada*, dedicado a Lorca.

Corresponde referirnos, cómo no, a Alan Turing, gran héroe de la Segunda Guerra Mundial y encargado de descifrar el Código Enigma empleado por los nazis, quien, por ser homosexual, se

lo condenó a escoger entre la prisión o la castración química. Turing optó por la segunda opción, pero se quitó la vida tiempo después. Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, muchos homosexuales que lograron sobrevivir a los repulsivos campos de concentración del nazismo volvieron a prisión para cumplir con las normas del siglo anterior que todavía perseguían a los homosexuales.

A todo esto, la izquierda ha alzado las banderas de la defensa de las libertades sexuales cuando, en realidad, y esto lo vemos históricamente, la izquierda en el poder ha detestado la homosexualidad, la ha perseguido, la ha prohibido, ha asesinado homosexuales como sucedió en la Unión Soviética o, por qué no, en Cuba, tierra de sanguinarias aventuras de Ernesto *Che* Guevara, un homófobo y asesino que se refería a los homosexuales —en sus propias palabras— como «pervertidos sexuales».

En cambio, el liberalismo, como permanentemente ha señalado el libertario estadounidense del Cato Institute, Tom G. Palmer, ha sido pionero en la campaña por la liberación de las personas LGBTQ+ frente a la injusticia y la opresión. Los primeros argumentos a favor de que el comportamiento consentido mutua y voluntariamente entre adultos no le incumba a nadie más que a esos adultos fueron formulados por autores como Montesquieu, Voltaire, Beccaria y Bentham durante la Ilustración. Johan Norberg (2017) hace un repaso de cómo ha cambiado el mundo frente a la homosexualidad a lo largo de los últimos siglos:

Los primeros signos de un cambio de actitud en relación con la homosexualidad también se dieron durante la Ilustración. Jeremy Bentham, que defendió con ahínco los derechos de las mujeres, escribió un ensayo en defensa de la despenalización de la homosexualidad. Firmado en 1785, el documento rechazó la idea de que los gays y lesbianas fuesen una amenaza para la sociedad y concluyó que no podíamos llamar crimen a algo que no dejaba víctima, de manera que argumentó su desclasificación como delito [...]. Los valores de la Ilustración y las ideas del liberalismo clásico han condecido a una mayor tolerancia.

En su artículo «El capitalismo, no el socialismo, promovió los derechos de los homosexuales» (2016), David Boaz señala que todos los avances en derechos humanos que hemos visto en la historia estadounidense (y, agrego yo, en el resto del mundo) como el abolicionismo, el feminismo, los derechos civiles o las libertades de los homosexuales, derivan de las ideas fundadoras de la sociedad libre como lo son la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. El énfasis en la mente individual de la Ilustración, la naturaleza individualista del capitalismo de mercado y la demanda de derechos individuales fueron los factores que, como bien ha indicado Boaz, condujeron a las personas a pensar más cuidadosamente acerca de la naturaleza del individuo y reconocer que la dignidad de los derechos individuales debía ser extendida a todas las personas.

Al fin y al cabo, Steven Pinker (2018) dejó claro que fue la razón la que llevó a la mayoría de los pensadores ilustrados a repudiar la creencia de un Dios antropomórfico que se interesaba por los asuntos humanos, que los relatos de milagros eran dudosos, que los autores de los libros sagrados eran sumamente humanos, y que las diferentes culturas creían en deidades mutuamente incompatibles, ninguna de las cuales tenía menos probabilidades que las demás de ser fruto de la imaginación. De este modo, y parafraseando a Pinker, los ideales de la Ilustración son productos de la mente y la razón humana, y siempre se han encontrado en pugna con otras facetas de la naturaleza humana, como la lealtad a la tribu, la deferencia hacia la autoridad o el pensamiento mágico.

Si recurrimos a los índices y números, contemplaremos que los países con mayores libertades para las personas LGBTQ+ son aquellos con mayores grados de libertad económica, los más capitalistas y los más libres. ¿Qué hay en la otra cara de la moneda? Los declarados países socialistas se ubican últimos en cada *ranking* de libertades para las personas LGBTQ+. Una vez más: el dato mata al relato.

Hoy la homosexualidad se castiga con pena de muerte en once países. En más de treinta —si eres homosexual—, debes cumplir una condena de diez años de prisión. Ni hablar de la

cantidad de aquellas aberrantes y monstruosas «terapias de conversión», todavía vigentes en tantos países del mundo.

En términos de números y datos específicos, corresponde citar al economista argentino Iván Carrino, quien en su artículo *Matrimonio igualitario, libertad económica y los valores conservadores* (2020) señala lo siguiente:

En el mundo existen hoy veintinueve países que tienen legalizado el matrimonio entre personas del mismo sexo. Lo que choca con las tesis conservadoras es que estas leyes tienen una presencia abrumadoramente mayor en los países de mayor libertad económica. Tomando datos de libertad económica de la Fundación Heritage, y dividiendo a los ciento ochenta países evaluados en grupos de cuatro cuartiles, donde el primer cuartil es el grupo que se encuentra en los primeros cuarenta y cinco puestos de mayor *ranking*, se observa que el 62,1 por ciento de los países que tienen legalizado el matrimonio gay está en el primer cuartil. Por otro lado, en el segundo cuartil (allí donde se encuentran del país número 45 al 90 en el índice de la Fundación Heritage) aparece otro 24,1 por ciento de países con matrimonio igualitario legal. Es decir, que el 86,2 por ciento de los países con matrimonio gay pertenecen a los primeros dos cuartiles de países de mayor libertad económica. Los países con menor libertad económica, por el contrario, tienen una concentración increíblemente menor de este tipo de arreglos institucionales. Sólo el 3,5 por ciento en el tercero y el 10,3 por ciento en el cuarto, donde se encuentra Argentina.

Pero esto no es todo, Carrino continúa señalando que:

Si agrupamos a los países por su PBI per cápita en grupos de 4 cuartiles de 46 países cada uno (la muestra aquí es un total de 184), se observa que de los 29 que tienen legalizado el matrimonio entre personas del mismo sexo, el 72,4 por ciento están entre los países más ricos del planeta, mientras que el 24,1 por ciento están en el segundo grupo de países más desarrollados económicamente. Es decir, que el 96,5 por ciento de los países más «progresistas» en lo cultural, son también los más ricos en lo económico, quebrando las expectativas fatalistas del pensamiento conservador.

Insistimos, no es casualidad que justamente esos países que cuentan con mayor libertad económica, son líderes en la defensa y promoción del libre comercio, en derechos de propiedad, en libertades políticas, en seguridad jurídica y en términos de libertades civiles.

Así y todo, vemos a conservadores y representantes de la derecha argumentando, al parecer, que hay «libertades marxistas». Argumentan que las libertades individuales que defendemos los liberales (los derechos LGBTQ+, el feminismo, la legalización de las drogas, de la eutanasia o de la prostitución) son lo que ellos llaman «marxismo cultural». Qué casualidad que justo todas esas libertades y derechos (bien liberales, insisto) abundan en los países más capitalistas, y no en los países socialistas, marxistas o proteccionistas. Pero claro, como argumenta José Benegas, como hoy no pueden llamarnos «herejes», nos llaman «marxistas culturales» o simplemente «progres». Respecto de estos conservadores y todo lo que engloba a esa derecha, Gloria Álvarez se pronuncia de la siguiente manera en su libro *Cómo hablar con un conservador*, afirmando algo completamente cierto:

Ya no vivimos en la Edad Media, donde muchos se hubieran dado el gusto de achicharrarme en la Inquisición. De hecho, a mí, en todos los siglos y épocas históricas, me habrían mandado al manicomio, a la hoguera, al calabozo a violarme, a apedrearme y a la Inquisición. Ahora sólo les queda insultarme utilizando la electricidad con un dispositivo en una red social que, gracias a muchos científicos ateos, están hoy en sus manos sin que muchos sean conscientes de ello.

En *La invención de la ciencia* (2015), David Wootton nos recuerda cómo un inglés, allá por 1600, solía creer que las brujas podían convocar tormentas para hundir barcos en el mar, que existían los hombres lobo, que un cuerpo asesinado sangraba en presencia del asesino, que era posible convertir el metal común en oro, que el arcoíris era un signo de divinidad, que la Tierra estaba quieta y que el Sol y las estrellas giraban a su alrededor una vez cada veinticuatro horas.